

Cambiar aquí y ahora, para poder cambiar el mundo mañana

M^a Luisa Fernández Serrat

Universidad de Huelva

La situación de la educación en el mundo actual es un ejemplo más del amplio catálogo de intolerancias e injusticias que exhibe de forma impúdica nuestra condición humana. Mil millones de analfabetos, según rezan las estadísticas oficiales, a los que hay que añadir el analfabetismo funcional y un ciberalfabetismo en alza, son cifras lacerantes que están dejando al descubierto una falta de voluntad política -económica y social- de acabar con esta lacra como con tantas otras.

La autora manifiesta su creencia en el poder transformador que tiene la educación. Para muchos esta postura puede parecer una idealización romántica de lo educativo, casi adentrándose en el terreno de lo utópico, pero si la autora no estuviera en lo cierto, si la educación no pudiera dibujarnos horizontes más justos en el tiempo, ¿no sería angustiante?

Hablar sobre la educación supone, casi siempre, una tarea bastante compleja; y a lo largo de la discusión, no solemos ponernos de acuerdo, ni siquiera personas que compartimos cultura o ideología. Pensar sobre la educación es una abstracción, por la confusión que implica siempre el ordenar o priorizar tantos aspectos como la conforman.

Por otra parte, hablar del futuro es, como poco, un atrevimiento. Los cambios suceden a tanta velocidad, que difícilmente podremos justificar predicciones o augurios. Pensar sobre el futuro es similar al confeccionar sobre un guión de una película de ciencia ficción, donde todo vale.

¿Hablar del futuro de la educación? Más arduo, más arriesgado.

¿Pensar sobre el futuro de la educación? Una abstracción, una utopía.

A pesar de todo, vamos a arriesgarnos aquí a provocar una situación de desacuerdos, llena de abstracciones, y con inevitables carencias de justificaciones científicas para nuestro pensamiento. Sin embargo, considero que debemos asumir riesgos y aportar -¡qué menos!- que algunas reflexiones.

Si encaramos un análisis de la educación del futuro, deberíamos hacerlo, en un primer momento, por separado: ¿qué educación?, ¿qué futuro?, y seguidamente, una vez diseccionada la educación en los variados factores que la conforman, y haciendo lo mismo con el futuro, hacer propuestas, sugerencias, a ser posible, concretas y simples: *Esta educación para este futuro*. Pienso que éste puede ser el camino, que ya disponemos de suficientes agoreros y gurús en este campo. Desde mi punto de vista, analicemos la educación actual, o los sistemas educativos vigentes con sus logros y limitaciones; pensemos en el futuro que nos llega, a partir de lo que tenemos; hagámoslo con seriedad, desde la experiencia y desde la ciencia, desde todas las personas, asociaciones e instituciones implicadas y arriesguémonos a proponer.

Separemos, previamente, estas cuestiones: ¿El futuro de la educación mundial?, ¿o más bien se trata del de la juventud española?, ¿o hacemos propuestas para la formación de alumnos y alumnas de un lugar y cultura concretos? Considero conveniente el discernir entre los protagonistas, los receptores, porque mientras el futuro de la educación en el planeta es desalentador, según los últimos datos disponibles, no se avanza como se pretendía o pensaba; y nosotros, educadores de a pie, obreros de la educación, que no gestionamos recursos, ni administramos bienes, poco podemos hacer para su mejora, sí que podemos intervenir en el aquí y el ahora, que prepare el camino del mañana. Desde nuestra posición, es difícil aportar soluciones para los déficits educativos constatados, es osado hacer propuestas que optimicen realmente la educación, pero sí podemos atrevernos a hacer sugerencias que mejoren ostensiblemente la educación.

Sobre *la educación en el mundo*, habría que decir que la situación actual queda muy lejos de ser la deseable. Resulta que los que desde hace décadas nos dedicamos a educar en los diferentes niveles, y procuramos investigar, avanzar en su estudio, ponernos al corriente de nuevas metodologías... intentamos innovar, arriesgar, proponer... en la seguridad de que de esta forma, conseguiremos un mundo algo mejor. Algunos vivimos con la certeza de que el avance del Tercer Mundo, la positiva evolución de los países menos desarrollados, pasa por la consecución de un nivel educativo razonable para todos y cada uno de sus ciudadanos. Creemos, cual si de un acto de fe se tratase, que el futuro de la Humanidad viene condicionado por la educación que reciba la misma. Una formación que le permita no sólo conocer nuevas tecnologías para que pueda aplicar a las ciencias, no sólo avances bioquímicos que faciliten su alimentación, no sólo determinados conocimientos geológicos que le ayuden a dominar la naturaleza... Hablamos también de una formación que capacite para pensar, decidir, poner en juego nuevos mecanismos de vida, a fin de alcanzar cada día un poquito de mayor bienestar psíquico, de claridad de ideas, una formación que

pueda ser utilizada como instrumento de adaptación e integración social, como medio de inserción cívica, como garante de igualdad de oportunidades para todos.

Somos conscientes de la existencia de analfabetismo funcional en la población de países industrializados y de la ineficacia de la educación cuando se dan graves desequilibrios sociales en países con una renta alta, lo cual nos recuerda la metáfora del «elefante blanco» para calificar a los actuales sistemas de educación nacionales (García Garrido, 1992) en el sentido de llevar más peso del soportable, moverse con torpeza, lentitud, desgana y ser ineficaces.

Admitido este hecho, parece incuestionable la relación directa existente entre pobreza y deficiencias educativas. Las cifras hablan por sí solas: de los 880 millones de adultos analfabetos, 866 millones corresponden a países en vías de desarrollo. Es decir, cabe pensar entonces, que pueda contribuir a solucionar la pobreza la educación de la población. Este es el convencimiento que lleva a Mayor Zaragoza a afirmar contundentemente: «Los gobiernos disponen -o podrían disponer, si se corrigieran algunas tendencias perversas- de los recursos suficientes para hacer frente al gasto que supone la educación básica universal» (El País, 24-04-2000).

Con esta convicción es lógico que seamos muchos los que tengamos nuestras esperanzas depositadas en los gobernantes, en los administradores de la educación, en los que gestionan la economía y subsistencia mundial. Somos muchos los convencidos de que si se invirtiese en educación las mismas cantidades que en otros aspectos de la vida de las naciones, se mejoraría y de forma evidente la calidad de vida en general en el mundo. Es por ello que se celebre con optimismo la esencia misma de las conclusiones a las que llegaron los países reunidos en el Foro Mundial en Senegal en 1990: *Educación para todos*.

Nos ha sumido en el desencanto, y desesperanza, cuando diez años después, en mayo del año 2000, reunido nuevamente el Foro y repasando los deberes dictados diez años atrás, nos encontramos con que se sigue superando la cifra de 800 millones de analfabetos, 130 millones de niños que abandonan pronto la escuela, y 150 millones que ni siquiera asisten a ella¹. Pero en este Foro no sucede lo que en nuestras escuelas tradicionales occidentales. Aquí, por lo visto, no se piden explicaciones ni responsabilidades, aquí no hay castigos, sólo promesas, como también sucede en nuestras clases cuando descubrimos la irresponsabilidad del alumnado ante una tarea: «la próxima vez le prometo»... «descuide, no pasará más»... y esta actitud del «ya no más», ha inspirado el que este año en Dakar se repita el mismo lema unido a otro más contundente que hace referencia a que «no hay ni habrá desarrollo sin educación básica», y a que sesenta organizaciones de las ciento cuarenta y cinco reunidas, se sometan a una profunda reflexión sobre cómo asociarse para ser eficaces en el futuro.

¹ Datos proporcionado por el FME (El País 24-04-2000)

La próxima cita del Foro Mundial sobre Educación que apadrina Naciones Unidas y el Banco Mundial es en Senegal y en el año 2015, donde habrá nuevamente que presentar los «deberes», y ¿por qué no tirar a quién corresponda de las orejas?

En este orden de cosas, y admitida como hipótesis de trabajo, la dependencia que existe entre la riqueza y la educación, aparecía como una oportunidad incuestionable que si no solucionase el problema, al menos fuese planteado para poder buscársele las soluciones oportunas, el hecho de que en julio del 2000 se reúnan los siete países más ricos del mundo en Okinawa, a los que más tarde se uniría Rusia, para debatir acerca de la economía mundial, de la deuda contraída por los países pobres, para unificar criterios acerca de reformas que estimulen el empleo y la productividad, entre otras asuntos.

En el primer día de contacto y aprovechando la reunión del grupo G8, (Estados Unidos, Japón, Reino Unido, Francia, Canadá, Italia y Rusia) los países pobres solicitan ayuda para salir del túnel donde se encuentran a causa de las deudas y con las exigentes condiciones de devolución impuestas por el Fondo Monetario Internacional, y parecen hallar atisbos de solidaridad por parte de los ricos. Se proponen algunas soluciones para perdonar deudas, y se espera que sea tratado en los próximos días, pero todo queda en mantener lo acordado en Colonia el pasado año, condonar parte de lo que deben el casi medio centenar de países pobres, la mayoría de ellos africanos, que se quejan de las condiciones impuestas para ello.

A partir de este día se cuestiona el encarecimiento del petróleo, se comprometen a luchar juntos contra el blanqueo de dinero, se negocia el cómo combatir el tráfico de armas... Fue en las siguientes reuniones de trabajo cuando comenzó la euforia ante las nuevas tecnologías, «acceso a todos a la revolución de Internet»², como medio además que aminore la brecha existente entre el Primer y el Tercer Mundo. Y en el tercer día de trabajo brota por fin el documento de conclusiones. Se augura prosperidad y se desgranar una serie de compromisos con los más pobres, de los que extraemos los siguientes:

- Frenar la brecha tecnológica.
- Liberalizar el comercio.
- Lucha contra delitos informáticos.
- Seguridad alimentaria respecto a los productos transgénicos.
- Además de la propiedad intelectual para los descubridores del genoma humano, preocupación por el recalentamiento de la tierra, el tráfico ilegal de diamantes, los misiles antibalísticos...

² Compromiso de la Carta de Okinawa (23-07-2000)

Si a los que poseen la riqueza en sus manos, si aquéllos que administran la economía mundial, no parece preocuparles en exceso la educación de la población, ¿ante quién debe recurrirse?, ¿de quién esperar soluciones?... ¿qué debe pensarse si la referencia que se hace a los países pobres es como sigue: «se debe cerrar la brecha tecnológica con el Tercer Mundo»? Sorprendente es el calificativo primero que se nos ocurre, que pueda describir la impresión sentida ante la lectura de los acuerdos a los que han llegado los países ricos en Okinawa: no existe ninguna referencia a la formación de los ciudadanos, no aparece el verbo *educar* en el listado de propósitos para los próximos años; este verbo ha sido sustituido por frenar, luchar, liberalizar... y otras expresiones aún más llamativas: “mundializar la revolución digital”.

Puede gustarnos o no, pero los problemas que la humanidad padece son nuestros problemas; y si no queremos verlo, los tendremos reflejados en casa, más tarde, más temprano. Ejemplos pueden darse variados: ¿no hemos notado acaso en el mercado de trabajo la disgregación de los países de la Europa del Este?

En cuanto a la *educación aquí para mañana*, y ante la situación anteriormente descrita, y aun antes de que aparezca la desesperanza entre los educadores así como en expertos y otros con serios intereses en el mundo de la educación, mi propuesta consiste en abrir puertas sin cerrar del todo las anteriores. No decaemos en seguir esperando que a los países que poseen la riqueza, alguna vez, les preocupe la situación de ese otro mundo al que no ha llegado todavía no ya la última tecnología, sino la alfabetización. Seguiremos esperando que esa cifra del «ochocientos millones» de analfabetos descienda, que se escolarice al 100% de la población mundial; apoyaremos iniciativas de grupos como el *Jubileo 2000* que constantemente muestra con manifestaciones diversas su preocupación por la educación mundial... se trata de no cerrar estas puertas. Pero se trata también, y quizás sobre todo, de tomar decisiones acerca de la educación que impartimos aquí, en nuestro país, en nuestra escuela. Se trata de abrir la puerta de la esperanza de par en par y concluir que si no podemos, por ahora, arreglar la educación mundial, arreglemos como podamos la que podamos.

Puede que los educadores necesiten creer que se puede mejorar la educación en el siglo XXI; que es, no ya una necesidad sino un deber, iniciar los cambios precisos en la escuela para que se consiga un alumnado más preparado, sin dejar de ser feliz en las etapas obligatorias, y que esto sea compatible con el bienestar del profesorado, en el sentido de sentirse útil y necesario, y de que su trabajo sea valorado socialmente.

¿Qué por qué el cambio? Porque nuestra sociedad ha cambiado en los últimos diez años, desde que se aprobó el actual sistema educativo en España; porque no se dan las mismas condiciones ni expectativas sociales; porque la economía crea nuevos valores, porque ni siquiera podemos seguir el ritmo de los cambios tecnológicos... ¿Ha cambiado la escuela al mismo ritmo? Evidentemente

que no. Mas, ¿sabrá hacerlo? Nos surgen dudas, creyendo, como creemos, que los cambios, no sólo son difíciles de emprender, es que además pueden atemorizar, e incluso llegar a exasperar (Gerstner, 1996), en momentos como los actuales en que la sociedad está requiriendo habilidades para el desempeño de puestos que no son proporcionadas por los centros educativos, por lo que esta sociedad determina exigirle a la escuela que cambie. No obstante, solemos llegar a la conclusión, en palabras de los anteriores autores, que no es que la escuela haya empeorado; sencillamente, es que «no ha mejorado». No es que la escuela ya no es la de antes; el problema es que «sigue siendo la de antes».

Queda mucho por hacer: los conocimientos crecen más allá de lo que nosotros podamos controlarlo, y además van apareciendo de forma interdisciplinar y global; por ello, habrá que conseguir un currículum que realmente responda a la interculturalidad, y que ofrezca, por una parte, unos conocimientos asequibles para ser usados de forma práctica y creativa, y que les proporcionen las competencias que necesiten; y de otra parte, elaborar un banco de valores que le den sentido a una sociedad plural en la que todo es relativo.

No es fácil. Se hace urgente una reflexión serena, en profundidad, y sin muchas pausas y este ejercicio reflexivo debe realizarse desde cada uno de los frentes implicados: el profesorado, las familias, los municipios, la Administración educativa y los propios alumnos. Hace falta iniciar modificaciones, no sólo legales sino de cambios de actitud, de hábitos, de actividades cotidianas... Asumimos, en este sentido, las palabras de Hargreaves (1998: 63) cuando reflexionando acerca de los desafíos complejos del mundo, afirma que: «Hay un primer paso esencial que consiste en empezar a comprender, en tratar de averiguar con mayor detenimiento la naturaleza de la complejidad, la escala de los desafíos y los problemas y posibilidades característicos que la postmodernidad plantea a profesores y escuelas». Es necesario que esos sectores se encuentren mínimamente satisfechos en sus necesidades:

- *El profesorado* precisa expectativas profesionales y progreso profesional.
- *Las familias* esperan que la escuela supla sus carencias: que ocupe el tiempo libre de sus hijos, que les prepare laboralmente, y que les proporcione habilidades cognitivas y motrices útiles.
- *Los municipios* aspiran a ciudadanos que aporten a la comunidad, que no obstaculicen, que sepan convivir...
- *La Administración educativa* quisiera estabilidad, gestionar con la colaboración de padres y maestros.
- *Y los alumnos*, ¿por qué tiene que ser objeto de reproche el que quieran estar preparados con un mínimo esfuerzo?

Creo que la educación puede mejorarse. «Si atendemos al lenguaje de los dirigentes, mejorar la calidad de la educación, viene a significar en todos los

casos, mejorar la calidad del sistema educativo... Lo peor es que esta discutible interpretación viene a menudo implementada con criterios predominantemente cuantitativos, dando por supuesto lo que resulta ser un mero sofisma: a mayor cantidad, mayor calidad» (García Garrido, 1992: 76).

Sobre todo, hay que creérselo, y que cada enseñante, cada padre o madre, puede hacerlo en lo que tiene por delante, en cuanto a sus posibilidades, y que es ésta una forma de cambiar cualitativamente la educación y prepararla para el futuro.

Aunque cambiar la educación no consista exclusivamente en cambiar la escuela, es cierto que ésta constituye un importante soporte donde descansa aquélla. Propongo mejorar el *aquí* y el *ahora* para crear las condiciones mínimas exigidas que facilite la autoregulación de la escuela, una escuela capaz de aprender ante los nuevos tiempos y que disponga de los mecanismos necesarios para emprender los cambios cada vez que éstos sean necesarios.

Referencias

GERSTNER, L. y OTROS (1996): *Reinventando la educación*. Barcelona, Paidós.

GARCÍA GARRIDO, J.L. (1992): *Problemas mundiales de la educación. Nuevas perspectivas*. Madrid, Dykinson.